

No ha querido, por mas que he hecho, que se retirase el piano, y por las tardes, cuando comienza á invadir su marchito ser la fiebre, se pone á tocar y aun algunas veces, á pesar de mi espresa prohibicion, canta en voz baja.

¿Y qué le parece á vd., amigo, que toca?

Todas aquellas piezas que en otros dias tocaba al lado de Fernando y mas particularmente las que á éste le agradaban.

¡Cuánto tormento!

¡Cómo hacer para arrancar de su corazon ese pensamiento tirano que le ocupa despedazándole de una manera dolorosísima! ¡esa carcoma tenaz de su existencia ya herida!

A veces pienso que si Fernando volviera, acaso su presencia la reanimaria.

Pero es mas probable que en el estado en que está, las fuertes sensaciones la acabasen de matar.

Y luego, aunque se conceden los remedios morales para un mal tan fisico, tan terriblemente seguro, ¿cómo hacer venir á ese jóven, que lo mismo que le pronostiqué á vd. hace dos años, la ha olvidado completamente en medio del torbellino de México y durante un año, ni una sola carta, ni un recuerdo le ha consagrado?

Por consiguiente, despues de haber buscado la medicina de mi hija, en el clima, en todos los medios de que hablan los autores, en un cuidado especial; al verla morirse dia á dia, no me queda ya mas que decir con el Dante esas desconsoladoras palabras de un dolor sin tregua.

“Lasciate ogni speranza.”

Espero á vd., amigo mio, en uno de estos dias, segun me lo ha prometido.

¡Oh! venga vd., venga, porque necesito tener á mi lado un amigo con quien desahogar mi dolor, un amigo que me consuele y ayude en las tribulaciones.

Suspendo por ahora mi carta, porque Clemencia no debe tardar mucho tiempo en despertar y voy á ver el efecto que ha producido la última medicina que le he dado.

El doctor cerró silenciosamente la carta y corrió al lado de su hija, que en este mismo momento despertaba.

XXII.

UN MUERTO ANTIGUO.

Fernando habia partido de México al amanecer del dia siguiente al que lo hemos visto tan afligido y tan arrepentido. Al dejar tras de sí la opulenta capital, no pudo menos de lanzar un suspiro, por el tiempo de olvido y casi de prostitucion que en ella habia pasado, olvidado de Clemencia.

Pero la resolucion del jóven, aunque tardía, era irrevocable y esto contribuyó en parte á hacerle recobrar su tranquilidad. Además, el país que atravesaba era delicioso de contemplar, y muy capaz por sí solo de distraer un pesar por intenso que éste fuese.

Comenzaba á despuntar el dia y el sol de los trópicos se levantaba magestuoso en el firmamento sobre la nevada cumbre del Popocatepetl y el Ixtacihuatl, alumbrando, hácia la derecha, la laguna de Chalco y á la izquierda la de Texcoco, cuyas dormidas aguas, semejaban dos inmensos espejos en que se contemplaba un cielo de color azul de plata á causa de la hora. Detrás de ellas se veian las torres de la opulenta capital: en segundo término la montaña de Ajuzco y en lontananza esos infinitos pueblecillos que están esparcidos en el sin par valle de México, como las flores de un ramillete que tiró al acaso una maga.

El jóven almorzó en Ayotla, atravesó los bosques de Venta de Córdoba y Rio frio y durmió en la pequeña aldea de San Martín, en una mala posada.

Le pareció que entre los viajeros que se agolpaban en la sala de comer de la posada, había uno que creyó reconocer, y que al verle, ocultó su rostro debajo del ala de su sombrero y detrás del emboce de su *gorongo*.

Pero no hizo atención á este incidente y se durmió con ese sueño con que se duerme á los veinte años, por mas que los pesares estén desgarrando el corazón.

Al caer la tarde del siguiente dia se presentó á su vista la Puebla de los Angeles, con las mil torres de sus conventos, cual nueva Roma del Nunvo-Mundo; pasó la noche en el primer meson que se presentó á su vista y volvió á partir al amanecer.

El jóven contempló el magnífico espectáculo que presentaba el valle de Puebla, con sus volcanes de Popocatepetl é Ixtacihuatl, con su montaña de la Malinche, empapada de recuerdos y tradiciones de los aztecas, con las casas lejanas de sus haciendas, acariciadas por las brisas que formaban los suspiros del rio de Atoyac, que muchos años despues ha llenado de poesía Félix María Escalante.

Dejó atrás las pintorescas aldeas de Amozoc y Acajete hoy ensangrentado con el recuerdo de Mejía, el desdichado general, una de las innumerables ilustres víctimas de nuestros errores políticos; se detuvo al medio dia en Nopalucam y durmió en una venta destartalada é inclemente que se llama hoy Tepeyahualco y que se encuentra aislada como un centinela en medio de un arenal de doce leguas que nombran del *Salado*; llanura tan semejante á las de Arabia, que al medio dia se presenta en ella el fenómeno físico del espejismo, que consiste en contemplar todos los sitios que la vista puede alcanzar, como inundados por el desborde de los mares, efecto de la refracción de los rayos solares, llanura en que se levantan remolinos de polvo, semejantes á los que el Simoun forma en el Sahara.

Solo otro viajero durmió en la solitaria venta.

Era un hombre muy pálido, rubio; pero perfectamente cubierto su rostro por uno de esos especie de schals, que desde tiem-

pos inmemorables han usado los viajeros mexicanos para resguardarse del viento, el polvo y la lluvia de los climas tropicales.

Montaba un hermoso y ligero potro, de esa raza del bajío, muy superior al caballo en que cabalgaba Fernando, y al entrea-brir su finísimo *gorongo* del Saltillo para prepararse á caminar, dejó ver un par de magníficas pistolas ceñidas á su cintura, además de una espada que azotaba los flancos de su montura.

Si Fernando hubiese estado menos preocupado, habria observado á este hombre que le seguia sin perderlo de vista á cierta distancia, galopando cuando él galopaba, refrenando su caballo para llevarle al paso, cuando él le refrenaba, á fin de sin ser visto, mantenerse á una distancia cercana de él. Pero Fernando, llevando todo un mundo de recuerdos y esperanzas en su corazón, no podia hacer atención en un incidente tan sencillo como el de un viajero en medio de la ruta.

Así es que siguió caminando ignorante de la vigilancia de que era objeto.

El viajero que poco mas ó menos ya sabemos quién es, se reia con una risa infernal, murmurando:

—¡Miserable! has tenido el atrevimiento de insultarme de la manera que mas ofende á un noble, despedazando un guante en mi rostro y ni tiempo tendrás para arrepentirte de ello, porque mi venganza está suspendida sobre tu cabeza y muy pronto va á anonadarte.

Dos aves de un tiro, como dicen, continuaba el siniestro amante de doña Regina, hago un viaje por asuntos de interés á Veracruz, y el diablo, porque no puede ser otro, te arroja en medio de mi camino, descuidado, desarmado casi, pésimamente montado.

Creías haberme humillado.

¡Pobre halcón en las garras del milano! no es ciertamente la primera vez que abismo ante una bala todos esos bellos sueños de la juventud, de amor, de nobleza.

Pronto hará dos años que en los desiertos del Potosí, hice caer con una palabra la cabeza de un hombre, que se creia triunfante apóstol de una causa que aborrezco, y vi caer á mis piés re-

torciéndose con las convulsiones de la agonía, á otro imbécil niño que habia osado oponerse á mi paso siempre directo, siempre seguro.

Ni una tumba encerró sus despojos; pero los milanos habrán dado buena cuenta de su cadáver.

Después de todo no es tan mal país como yo habia creído al principio esta Nueva España.

Se hace uno amigo del virey Venegas ó de don Félix María Calleja, se les dan importantes noticias acerca de los insurgentes y se especula muy bien con el espionaje y la denuncia.

¡Bueno! ¡bueno! sigan así las cosas.

Y á este sangriento recuerdo y á esta infame esperanza, don Juan se frotaba las manos riéndose con una risa que daba miedo.

Al caer la tarde, se presentó á los ojos de ambos viajeros la sombría fortaleza de Perote, protegida por el apagado volcán del mismo nombre; fortaleza que ha encerrado muchos desdichados reos políticos, que ha escuchado muchos gemidos, que ha recogido muchas lágrimas y que guarda en su recinto los mortales despojos del general don Guadalupe Victoria, primer presidente de la república, uno de los hombres mas valientes, mas sufridos, mas honrados que ha tenido México; un hombre que un dia en Oajaca, arrojaba su espada á sus contrarios los españoles y atravesaba á nado un foso á cuya orilla opuesta les esperaban centenares de enemigos; exclamando:

—Cobardes, para batiros no necesito las armas.

Y los insurgentes se precipitaban detrás de él, y los españoles huían amedrentados de este rasgo sublime de valor espartano.

Durmieron en Perote y al amanecer, helados de frio comenzaron á descender al suelo de la provincia de Veracruz.

En el pueblecito de las Vigas, habia una gran agitacion y los vecinos se reunian en grupos, hablando y gesticulando animadamente.

Acababa de pasar por allí violentamente una partida de insurgentes que iban á ocultarse, entre las asperezas rocallosas del *malpais*, que es una erupcion volcánica cuya fecha se pierde en la noche de los siglos; para esperar un convoy español que se

dirigia á México, y el cual habia venido hostilizando desde Veracruz la tropa escasa que militaba á las órdenes de don Guadalupe Victoria, para cumplir tan importante y peligrosa comision.

Fernando se estremeció al escuchar el nombre del capitán de la partida, que habia sido designado por Victoria, para cumplir tan importante y peligrosa comision.

Era un hombre que despertaba todos sus recuerdos de infancia mas queridos, un hombre que hablaba dulcemente á su corazón, de épocas ya pasadas y que eran las mas felices de su vida.

Era el nombre del capitán de insurgentes que pronunciaban con mas terror los soldados realistas, en todas las provincias de Veracruz y Puebla.

En el camino distinguió Fernando á un soldado que subia difícilmente por las rocas.

Lanzó al galope su caballo y acercándose á él le preguntó con un acento que mal disimulaba la emocion que sentia.

—¿Dónde se encuentra el capitán? porque tengo que comunicarle una orden muy importante de parte del general.

—Después de habernos mandado ocultar entre las peñas, se ha adelantado para vigilar el camino desde aquellas tápias, respondió el soldado señalando las paredes lejanas de una especie de casuchon arruinado en una altura, entre las peñas.

—Gracias, buen amigo, dijo Fernando lanzando su caballo en la direccion indicada.

Pero un hombre que no le habia visto hablar con el soldado; puesto que le habia adelantado una gran distancia, le esperaba en un recodo del camino, oculto por los peñascos y precisamente al pié de las tápias, á que el jóven se dirigia.

Habia desnudado su espada de la vaina, suspendiéndola á su puño, mientras que en cada una de sus manos mantenía una pistola armada.

Era don Juan que se vengaba de un insulto hecho seis dias antes y que habia escogido el lugar mas solitario y mas á propósito, para esperar oculto al jóven, hacer fuego sobre él dos veces y acabarle de matar á estocadas.

Contaba con la mala ó ninguna defensa que le podía presentar Fernando, que no llevaba mas arma que su espada, pendiente á su cintura descuidadamente, contaba con la estrechez y elevacion del terreno por donde el jóven tenia que pasar precisamente, siguiendo el camino de Jalapa y contaba además con el abrigo que á él le daban las rotas paredes del destartado casuchon.

Pero desde una de las rotas ventanas que como el ojo de un gigante se abria en la tápia que formaba ángulo con la que protegía para sus villanos intentos al traidor don Juan, habia un hombre que medio oculto entre el yerbaje con que el tiempo habia adornado el vetusto y sombrío edificio, observaba con atencion sus movimientos.

Habia escuchado los pasos de su caballo sobre el sendero abierto casi entre las rocas y habia parado su atencion, despues habia visto á un ginete cuyo rostro no podia contemplar, porque estaba vuelto de espaldas y delante de él, detenerse y desnudar su espada colgándola á su puño, sacar sus pistolas y montarlas, asegurándose antes del estado del cebo.

El hombre oculto dividia sus miradas entre el misterioso viajero y el camino de Jalapa, que por otra parte estaba completamente solitario.

No se podía contemplar su rostro, porque hemos dicho que estaba dentro del edificio y oculto por el cortinaje de yerba; pero los escritores tenemos el privilegio de penetrar donde queremos y el descaro de descubrir todos los secretos por misteriosos que estos sean.

Así es que lo haremos ver á nuestros lectores.

Era un jóven de veinte á veintidos años de edad, alto, delgado, pálido, aunque algo tostada su fisonomía, como si hiciese algun tiempo que se esponia á la inclemencia y al desamor de la intemperie, sin habitar en poblado.

Su fisonomía espresiva é inteligente, presentaba un sello particular de marcialidad, como si á pesar de su corta edad, estuviese el jóven acostumbrado al mando sobre masas indisciplinadas ó al cumplimiento de importantes y peligrosas empresas.

Sus ojos despedían una mirada viva, penetrante, inmediata-

mente escudriñadora de lo que pasaba á su alrededor, su boca formaba una sonrisa particular en la que se podía leer una mezcla de ironía, de franqueza y de jovialidad.

Sobre su traje de paisano llevaba el jóven con cierto desenfado, las insignias de su grado de capitán de insurgentes: un par de magníficas pistolas se ceñía á su cintura y á ella pendiente, colgaba un sable de enormes dimensiones.

—¿Quién será este hombre, que se aparece tan repentinamente, se para aquí y se dispone como para un combate? murmuraba el jóven que como hemos dicho no podía contemplar el rostro de don Juan que estaba vuelto de espaldas. No veo su cara; pero me parece que conozco esa apostura y creo que lo he visto en otro tiempo, pero no recuerdo cuándo ni dónde.

Tiene todas las trazas de un espía, enviado por el comandante del conyoy; pero ha caído en las astas del toro.

Observémosle.

Y el jóven se preparaba á su doble espionaje.

Pero derrepente un estremecimiento corrió por todo su cuerpo, una profunda palidez veló su rostro que se descompuso notablemente por una grave emocion, sus ojos chispearon de cólera y llevando maquinalmente la mano á su espada iba á salvar de un brinco la distancia que lo separaba de aquel hombre.

Era que habia visto, que estaba viendo el rostro de don Juan, que se habia adelantado hasta el nivel, casi de la ventana, para lanzar una mirada al camino que acababa de dejar atrás y por donde venia acercándose Fernando.

Pero se contuvo y esperó el resultado de la maniobra de don Juan.

Fernando, bañado el corazon por un recuerdo el mas grato de su infancia, se habia absorbido en una profunda meditacion y con la cabeza caída sobre el pecho, se adelantaba al arruinado edificio, que le habian designado como albergue del terrible capitán de insurgentes, cuya emocion ya hemos presenciado.

Don Juan en su misma postura hostil, se reía de la misma manera que se debe haber reído Satanás, cada vez que ha visto rodar á sus abismos una alma perdida para el cielo.

Desde el sitio que el jóven capitán ocupaba, dominando el

camino, podía muy bien distinguir á los que avanzasen por el sendero.

Así es, que con su mirada de águila, vió á Fernando que se acercaba, y un gozo infernal pintarse en el rostro del hombre, cuya presencia le habia causado tan profunda impresion.

De manera que comenzó á comprender poco mas ó menos la intencion traidora de don Juan.

Pero no podia reconocer aún al jóven.

Derrepente al volver éste el sendero y encontrarse por consiguiente á solo seis varas de la casa, se halló en frente de don Juan, que le apuntaba con sus pistolas.

Lanzar un grito de horror, dar un brinco al suelo desde la ventana y ponerse de un salto al lado de don Juan, con la espada desnuda en la mano derecha y una pistola en la izquierda, fué para el jóven capitán la obra de un segundo.

Acababa de reconocer á Fernando en el momento de volver el recodo del camino, y antes de que pasase su sorpresa, no habia tenido tiempo mas que para impedir el asesinato.

Pero ya era tarde.

Don Juan habia hecho fuego á boca de jarro con una pistola, la bala fué á herir el flanco de su caballo, hiriendo tambien el muslo de Fernando.

El animal se encabritó, relinchó dolorosamente arrojando al jóven contra el suelo, y delirante por el dolor que sentia se lanzó desenfrenado por los campos.

Fué tan violenta la accion, que Fernando no tuvo tiempo para agarrarse de su montura y rodó un largo trecho por las peñas.

Don Juan, con el sable levantado en una mano y una pistola en la otra, se acercó violentamente á él para acabarle de matar.

Pero entonces oyó un grito terrible á su espalda y al volver su rostro, se halló frente á frente con el capitán.

Al ver aquella fantasma que se levantaba amenazadora y espantosa como la conciencia, terrible y acusadora como la justicia, implacable como la cólera divina, fria y muda como la muerte, don Juan lanzó un grito horrible, histérico, que produjo un eco lúgubre en las peñas; su rostro se descompuso por un terror pánico y supersticioso, y una convulsion que contrajo sus man-

díbulas y un espanto que agolpó cuagulada la sangre en su corazón, le hicieron permanecer silencioso é inmóvil, mirando con ojos estraviados, como los de un loco, al capitán no menos conmovido que él.

Fernando, rota su pierna para poder ponerse de pié, se agarra por un instinto de conservacion á las ásperas peñas, por donde á su pesar se precipitaba á alguna distancia de los dos pálidos viajeros.

Logró por fin detenerse en una; pero los golpes, la sorpresa y la sangre que perdía, agotaron sus fuerzas y se desmayó.

El capitán á pesar de estar de pié, se irguió pálido y amenazador delante de don Juan, que se habia quedado inerte como la hija de Loth al convertirse en estatua de sal, por haber vuelto sus miradas á Sodoma, la impura ciudad maldita del Señor.

Al cabo de un rato de terrible silencio, dijo con un acento que revelaba la cólera, el desprecio y cierto sangriento placer de encontrarle.

—¿Con que al fin nos volvemos á hallar despues de dos años, y cuando vd., ¡infame! me creia muerto?

Don Juan ni se movió.

El capitán continuó:

—Sí, nos hallamos, y ¡en qué circunstancias! cuando acaba vd. de dar la muerte traidoramente á un hombre que rueda allá abajo.

Don Juan quiso moverse, quiso huir; pero el terror le habia quitado sus movimientos y permaneció clavado sobre su silla.

El capitán continuó implacable;

—¿Y sabe vd. que á ese jóven le amaba con todo mi corazón? ¡Miserable! responda vd., ¿qué ha hecho del otro, de aquel noble anciano?

Don Juan quiso articular algunas palabras; pero el terror ahogó su voz en su garganta y solo pudo lanzar un grito ronco é inarticulado.

—¡Ah! no responde vd., ¡infame! ¡traidor! ¡Judás! yo le escurpí á vd. en la cara, si no tuviese una espada con que defenderse por la última vez, porque esta tarde es la última vez que

nos estamos mirando, y solo uno de los dos debe descender; solo uno de los dos, ¿lo oye vd? ¡cobarde!

La sangre del noble anciano Hidalgo pide sangre, la sangre de ese jóven que era mi hermano, pide sangre.

¡Oh! ellos la obtendrán, empuñe vd. pronto su espada, porque si no, le mataré como un asesino, como lo merece: si aun hay un resto de valor en esa alma de lodo, descienda vd. del caballo y defiéndase.

Don Juan, mientras hablaba el jóven, comenzó á recobrar su serenidad, se vió á caballo, con una espada y una pistola cargada, mientras que su contrario estaba á pié, y por su alma cruzó un siniestro y traidor pensamiento.

Oyó con calma las justas recriminaciones que le dirigia el iritado jóven, meditó, calculó un momento su accion y antes que el capitan se arrojase sobre él, le disparó su pistola á boca de jarró á la cabeza.

El jóven se dejó caer lijero como la luz, se volvió á levantar, se apoderó de las bridas del caballo del traidor antes de que volviese de su sorpresa ó pensase en huir, y pálido, resuelto, sereno y silencioso, apoyó su pistola contra su pecho é hizo fuego.

Don Juan lanzó un rugido y cayó á plomo, como si fuese una estatua, del caballo.

El capitan se inclinó á él, sombrío como la muerte; le vió revolcarse y estremecerse con las últimas convulsiones de la agonia y murmuró con sordo acento:

—¡Asesino! ¡traidor! y ¡cobarde! yo no he sido mas que un instrumento de la cólera divina; tu triple asesinato y tu triple traicion, han sido castigadas, porque aun hay justicia en el cielo y virtud en la tierra.

Don Juan hizo aún un último estremecimiento y murió.

El capitan se irguió pálido y silencioso, se dirigió al lugar en que Fernando habia desaparecido y lanzó sus penetrantes miradas entre los peñascos.

Al ruido del tiro, Fernando volvió en sí de su desvanecimiento y trató de incorporarse.

El capitan le vió de pié y lanzando un grito de alegría corrió á él.

Fernando oyó aquel grito, y al volver su rostro, vió acercarse una sombra de él bien conocida y tiernamente amada.

—¡Fernando!

—¡Gil Gomez!

Este doble grito se confundió en uno solo.

Los dos jóvenes se estrecharon permaneciendo un largo rato en silencio, porque su emocion les impedia hablar.

Pero sin hablar se lo habian dicho ya todo.

—¡Fernando! ¡hermano mio! exclamaba llorando Gil Gomez; por fin despues de tanto tiempo te vuelvo á hallar, cuando hace un momento te creia muerto por ese infame.

—Pero ¿en qué tristes circunstancias nos encontramos! ¡Dios mio! murmuraba Fernando.

Y los dos volvieron á estrecharse en silencio.

—Estás herido, ¿no es verdad? preguntó al cabo de un momento Gil Gomez, cuando la primera emocion de volverse á ver hubo pasado, para hacer lugar á los recuerdos y á una tierna intimidad.

—Creo que es un simple rasguño, que no habrá interesado el hueso, porque puedo andar perfectamente; pero un pensamiento me dice que acabas de salvarme la vida.

¡Ese hombre! ¿qué ha sucedido? preguntó Fernando, recordando bien lo que acababa de pasar.

—Ese hombre, ha recibido ya el castigo que Dios le tenia destinado por sus crímenes, respondió melancólicamente Gil Gomez.

—¿Le conocias acaso?

—Demasiado.

—¿Ha muerto?

—Ha muerto.

—¿Dónde le habias conocido, hermano mio?

—Ha dos años, una tarde despues de haber tendido un lazo infame á un noble anciano que proclamaba la mas santa de las causas, me ha dejado por muerto en los desiertos del Potosí.

Mira, continuó Gil Gomez entreabriendo su camisa y enseñando á Fernando el surco que en su pecho habia dejado una bala al deslizarse sobre sus costillas; mira, yo debía haber muer-

to, pero he escapado por un milagro, y Dios me ha dejado la vida para salvar la tuya y para castigar á un criminal, monstruo que la misma tierra desechaba.

En este momento llegaron á donde estaban los jóvenes, varios soldados, á quienes los tiros atraian, haciéndoles abandonar los escondites en que su capitán los habia colocado.

Gil Comez les dijo que habian muerto á un espía, les ordenó sepultar su cadáver y apoderarse de su caballo, lo mismo que buscar por las cercanías el herido del joven y retirarse á esperar sus órdenes.

Los soldados ejecutaron lo que se les habia mandado y se retiraron á cierta distancia.

—¿Y dónde te dirigias? ¡hermano mio! preguntó cuando hubieron quedado solos Gil Gomez.

—¿Adónde? á unirme con Clemencia, para no separarme mas de ella, respondió Fernando con pasion.

—¿Sabes que se encuentra en Jalapa lo mismo que don Estévan, que debe haber llegado ayer?

—Sospechaba lo primero; pero ignoraba lo segundo.

—¿Sabes que Clemencia está muy enferma?

—Me lo figuro, dijo Fernando con un suspiro; pero ¿cómo sabes tú todo eso?

—Aunque no he vuelto mas á San Roque, no he dejado sin embargo un momento de velar por sus habitantes, y ha habido veces en que me he hallado solo á un cuarto de legua de la hacienda.

—¿Y has visto á mi padre y á Clemencia?

—Les he visto sin que ellos lo hayan sabido; pero no he vuelto á hablarles mas.

—¿Por qué?

—Porque he sido demasiado ingrato con mi protector para atreverme á mirarle á la cara, respondió Gil Gomez melancólicamente con un suspiro.

—¿Tú, Gil Gomez?

—Yo, Fernando, y por seguirte.

—¿Es posible?

—Escucha la historia de mi vida, desde que nos separamos hace dos años.

Y entonces los jóvenes, sentados en un peñasco, con sus manos afectuosamente enlazadas, medio envueltos por las nubes tintas crepusculares y por las nieblas que el Cofre de Perote lanzaba hácia Jalapa, se contaron mutuamente su historia y los lazos terribles que los habian unido con el hombre que acababa de morir, lamentando la fatalidad que les habia impedido reunirse.

—Y ahora, ¿nos reunimos para siempre, hermano mio? preguntó Fernando al cabo de un rato y cuando hubieron concluido su confidencia.

—¡Imposible, Fernando! mi brazo sostiene una causa que no abandonaré sino hasta morir ó verla triunfante, dijo Gil Gomez.

—¿Pero me acompañarás á Jalapa?

—Te acompañaré, porque preveo una grave desgracia para tí y en la que necesitarás de mis consuelos.

—¿Una desgracia?

—Sí, pero no hablemos mas de ello.

Un soldado vino á avisar á su capitán que por los indígenas que venian de Jalapa, habian tenido noticia que el convoy se habia detenido á pernoctar en esta ciudad.

—¿Está bien! ¿han enterrado el cadáver y han recogido los caballos? preguntó Gil Gomez.

—Sí, mi capitán, todo se ha hecho, respondió respetuosamente el insurgente.

—Traiga vd. ensillados dos de los caballos que están de refresco allá abajo en la venta, y diga al alférez Peña que venga inmediatamente.

El soldado fué á ejecutar lo que se le mandaba.

A poco se presentó el alférez, joven de diez y ocho años entonces, que hoy duerme para siempre con sus insignias de capitán y su espada de valiente, en el campo de matanza de la "Angostura."

Gil Gomez le ordenó retirarse con la guerrilla hácia el rumbo de Actopam, mientras que él permanecia en Jalapa para observar las operaciones del enemigo.

El soldado trajo dos caballos.

La guerrilla se reunió y marchó en buen orden en la dirección indicada.

—¡Y ahora á Jalapa! exclamó Fernando tendiendo sus brazos hácia la hermosa ciudad, que encerraba todo lo que amó en la vida.

—Sí, á Jalapa, respondió lacónicamente Gil Gomez, lanzando una última mirada al sitio en que dormía don Juan con su último sueño.

—Sí, á Jalapa, donde está el amor, la calma, la felicidad, mi puerto de salvacion en las tempestades del mundo.

—O la tumba de tus ilusiones, murmuró Gil Gomez.

Y los dos ginetes lanzaron sus caballos al galope, desapareciendo á poco entre las tinieblas de la noche y las brumas que el Cofre de Perote enviaba hácia Jalapa.

XXIII.

¡PARA LA ETERNIDAD!

La tarde misma en que tuvieron lugar los sucesos que acabamos de referir, llamó un hombre á la puerta de la habitacion del doctor.

Era el cartero, que entregó una carta que habia venido por el correo de México.

El doctor, que velaba al lado de Clemencia, fué llamado por don Estévan, que hacia dos dias habia ido á hacerla compañía y acababa de recibir la carta.

Estaba dirigida á Clemencia, bajo un sobre rotulado al doctor

—¿Qué haremos con esta carta? porque en el estado en que mi hija se encuentra le es imposible leerla, preguntó el anciano que se habia quedado pensativo con la carta en la mano.

—Yo creo, observó don Estévan, que la impresion que le haga esta carta, debe mas bien serle provechosa que dañosa.

—Es verdad, amigo mio, dice vd. muy bien, le daremos esta carta, la primera que recibe despues de un año de silencio, ¿por qué privarla de esta última satisfaccion, cuando acaso mañana ó esta noche ¡Dios mio! todo habrá concluido para ella? exclamó el doctor entre sollozos, penetrando seguido de su amigo, en el aposento de la moribunda Clemencia.